

AL LECTOR.

Ocho años de mi vida, los que median entre la pubertad y la edad de la razón, pasé sirviendo al Gobierno Federal en el ramo de Telégrafos, y durante ese período de tiempo ocupé gradualmente todos los empleos que entonces había establecidos en dicho ramo, desde la clase más humilde hasta el puesto más encumbrado. No fueron mis conocimientos técnicos, lo confieso, los que me sirvieron para obtener mis ascensos; fué solamente la casualidad, que yo soy el primero en comprender que á haberse-me exigido aquellos, aún en sus principios más rudimentales, no me habría sido posible dar un solo paso adelante en mi carrera. Pero sea como fuere, lo cierto es que por largos días me ha cabido la honra de figurar en la administración telegráfica de mi país y de adquirir entre mis compañeros de aquella época numerosos amigos que entonces me favorecieron disimulando mis errores, y hoy, á cada paso, me dan pruebas inequívocas de bondadosa consideración.

Aquella circunstancia unida al deseo que he abrigado siempre de suplir con mi dedicación á la lectura de buenos autores, los estudios electro-técnicos que no pude adquirir en mi niñez, me fueron inclinando primero á adquirir algunos libros propios á mi objeto, y después, poco á poco, á suscribirme á varios periódicos especialistas de América y de Europa, y cultivar relaciones amistosas con eminentes electricistas de allende los mares.

Debido á esto he podido estar al corriente, aunque siempre de una manera vaga, confusa, por mi falta de estudios preparatorios, de la prodigiosa marcha que ha seguido en el extranjero la ciencia electro-técnica y de algo de lo que se ha hecho entre nosotros á ese respecto, causándome á honda pena notar que en el contingente que están dando todos los pueblos de la tierra para el desarrollo de dicha ciencia, los nobles esfuerzos de México pasan enteramente desapercibidos por falta de una publicación *ad hoc* que dé á conocer al mundo nuestro estado actual, y nos sincere de los cargos que se nos hacen, apoyados en aseveraciones enteramente calumniosas.

Llenar semejante vacío ha sido mi bello ideal desde que adquirí el convencimiento de la utilidad de tal publicación.

Mucho he pensado y estudiado el punto. Mi escasez de conocimientos para emprender solo una tarea tan ardua de suyo, hame arredrado sobremanera; mas felizmente, amigos sinceros míos y entusiastas por el florecimiento de la literatura científica nacional han venido en mi ayuda, aconsejándome la forma que debería dar á mi proyecto para realizarlo. Por esta razón me he resuelto á ello y doy á luz el primer número de la *Revista Telegráfica de México* con mi caracter de Editor-proprietario, dejando su redacción á cargo de las numerosas personas que aquí se ocupan con honra para la patria, del estudio de las diversas aplicaciones de la Electricidad. A esas personas hago un llamamiento formal para que en bien del país den á conocer por medio de la *Revista* que hoy fundo, sus estudios, observaciones y experimentos; y á otras que solo cultiven el género descriptivo, para que manifiesten nuestros recursos y adelantos en la materia objeto de esta *Revista*.

¡Ojalá que ella llene su objeto y no me nieguen su concurso los hombres estudiosos de México!

ENERO 1º DE 1889.

F. A. Sosa.

D. JUAN DE LA GRANJA,

Introducción del Telégrafo en México.

Merecido homenaje de gratitud es el que hoy tributa *La Revista Telegráfica de México*, al iniciar sus trabajos, honrando la memoria del Sr. D. Juan de la Granja, introductor del Telégrafo en México, por medio de los siguientes apuntes biográficos que darán á conocer la perseverancia con que supo vencer el Sr. de la Granja cuantos obstáculos encontró en su camino, hasta lograr establecer la primera línea telegráfica en el suelo mexicano; título sobrado para que los que aman el progreso é ilustración de su patria, pronuncien siempre con respeto el nombre de tan útil ciudadano.

En Balmaseda, España, nació el Sr. D. Juan de la Granja, allá por el año de 1785.

Sus padres, que eran dueños de una fábrica de hierro dulce, le dieron una educación propia para que se dedicase á cualquiera profesión honrosa, y teniendo D. Juan decidida vocación para el comercio, se consagró á él, dirigiéndose á Madrid á los quince años de edad. Allí permaneció hasta que en 1814, obligado por las circunstancias políticas por que atravesaba España, se embarcó para nuestro puerto de Veracruz.